



## CAPÍTULO V.

### LAS VISITAS DE TARDE EN TARDE.

**E**NTRÓ Lola á la sala y se entabló con las visitas una de esas conversaciones que sirven solamente para poner en movimiento los órganos de la voz y del oído, pero de cuyo fondo nada se puede decir, y que suprimidas, quedarían las cosas en el mismo estado, sin hacer falta una sola de las palabras allí vertidas.

Eran aquellas visitas una señora mayor, madre de tres niñas á la moda del día. El marido de esta señora era persona ocupada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 QUILIBREY, MEXICO



y no tenía tiempo de hacer visitas. Hacía algunos años que aquella familia decía que llevaba relaciones con Lola: efectivamente aquellas relaciones se hacían ostensibles cada dos meses en una larga visita en la que se saldaban todas las cuentas pendientes y volvían á quedar las cosas como estaban antes. Había que notar, á pesar de la cordialidad y el cariño con que se hablaban, que ninguna de aquellas personas se apreciaban ni se conocían, pero se visitaban.

Cuando en el fondo de las personas no existen los fundamentos de la verdadera amistad, especialmente entre las señoras, recurren éstas á mil pequeños arbitrios que llenan satisfactoriamente las fórmulas y que, cumpliendo cada una por su parte con las leyes sociales cuando se ven, quedan no obstante en aptitud de despedazarse impunemente cuando se separan.

Lucesita, que así se llamaba la mamá de las tres niñas, se anunciaba estrepitosamente, hablaba muy recio y tenía pretensiones de ser persona de buena sociedad, de ex-

quisitas maneras, y según le decían algunas amigas suyas, *de un trato bellissimo*.

—¡Muy buenas tardes! entró diciendo Lucesita desde el corredor, y levantando la voz de manera que pudiera ser oída en toda la casa, buenas tardes ¿no se ha muerto aquí alguno, cómo están todos de salud, dónde está Lola?—¡Lolita! gritó en seguida, aquí están unas buenas amigas que tienen hambre de verla.

—¡Qué milagro es éste! gritó á su vez Lola desde adentro, haciendo uno de esos esfuerzos de que sólo es capaz una mujer; quiere decir, abandonar de golpe sus tetricas ideas en el revuelto asunto de su matrimonio, y revestirse de esa alegría tranquila de la mujer feliz.

—¡Lola! exclamó Lucesita abrazando á Lola.

—¡Lucesita! ¡qué milagro! cuánto gusto tengo en verla por acá. Concha, Narda, Emilia, dijo en seguida, acentuando cada uno de estos nombres con un estrepitoso beso en cada una de aquellas sonrosadas mejillas.



Hemos dicho mal: desde que las señoras se pintan, el lugar favorito de los besos no es precisamente la mejilla, ni mucho menos la frente.

Estos besos femeniles han ido emigrando hacia la costa meridional de la cara y buscando su solaz por el cuello, con el delicado intento de no mancillar el albayalde.

Resonaron, decíamos, seis estrepitosos besos á contar con las preguntas y respuestas, y todos sin excepción fueron á buscar un lugarcito debajo de la oreja izquierda.

—¡Cómo está creciendo Narda, Jesús me ampare! ¿pues y Emilia? Emilia es toda una mujer; sólo Concha está igual, pero eso sí, tan linda como siempre.

Concha contestó con mucha naturalidad.

—A los ojos de usted.

Eso contestaba Concha siempre que la decían linda, que era muchas veces.

—¿Y las niñas de usted, Lola?

—Están adentro, ya vendrán.

—¿Y qué tal la salud, no se han enfermado por acá? por allá todos hemos estado

malos. Narda con anginas, ésta, dijo Lucesita señalando á Concha, con sus punzadas y Emilia perdida de los nervios.

—¿Quiere decir que sólo usted?...

—¿Yo, Lola? yo soy la que he estado peor, ha sido cosa de cama y de mandar llamar á Lucio y todo, no crea usted, no, si yo ya no he de hacer huesos viejos, le digo á usted que....

—Pues tiene usted muy buen semblante.

—¡No me lo diga usted, Lola! si parezco un cadáver.

—No, no es para tanto; un poco pálida, pero esa palidez le está á usted perfectamente.

—Usted tan galante como siempre; pero eso no quiere decir que no le riña á usted.

—¿Por qué? preguntó Lola.

—Porque si nosotras no venimos á verla, usted no se acuerda para nada de nosotras.

—¡Qué, Lucesita! si ni me diga usted; fíjese usted, con las chicas, ya no tengo vida con ellas, son lo mas travieso que pue-



da usted imaginarse, y no me puedo desprender de ellas un solo momento.

—¿Por qué no las lleva usted? preguntó Emilia.

—¡Á dónde iba yo con esa guerra!

—Qué guerra, si son muy chulas.

—Favor que usted les hace, y sobre todo, que usted no las conoce.

Aquí Lola se puso á hacer una minuciosa relación de las gracias de las niñas, de sus enfermedades, de sus exigencias, de sus malas crianzas y de todo cuanto le vino á la memoria.

Las pollas ponían gran atención á los detalles y celebraban con risas, más ó menos sinceras los pasajes mas culminantes, no sin desear interiormente cambiar de conversación, pues cada una de aquellas señoritas hubiera deseado tratar asuntos de otro género; pero nada asegura tanto el éxito de un mal orador como un auditorio apropiado; y Lola, en este punto, no podía quejarse, pues pendientes del millón de pueri-

lidades que salían de su boca, tenía, no sólo á aquellas cuatro señoras, sino á Zubieta y á don Manuel, quienes en la situación en que se encontraban, hallaron muy conveniente convertirse en auditorio.

Después del largo capítulo de las enfermedades y de los inconvenientes para hacer visitas, después de nombrar á todas aquellas personas con quienes Lola se encontraba, segun ella decía, en descubierto, después de declararse culpable en alto grado y de apelar á la benevolencia de sus amigas, empezó á generalizarse la conversación.

Entraron á la sala las hijas de Lola y don Manuel, y esto fué un nuevo motivo de animación.

Zubieta logró entrar en materia con dos de las pollas, con quienes habló del teatro, del paseo de Bucareli, del Zócalo, y de otra porción de cosas que á las pollas tenían muy divertidas.

En un momento oportuno Lucesita procuró hablar con don Manuel, á quien le



participó las risueñas esperanzas que tenía con respecto á los grandes negocios que tenía entre manos su marido, y á los cuales deberían en breve una mejora de posición ventajosísima.

Esta era la misión diplomática de Luce-sita, y el misterio que encerraba aquella afectuosa visita, aunque aquella señora al fijar ostensiblemente este objeto, dijera:

—Pues en fin, esta visita.... no nos la agradezca usted, esta visita es para el señor don Manuel, porque hemos querido anticiparnos.

—¡Cómo! exclamó Lola, ¿no vienen ustedes el día de Córpus?

—Esas eran nuestras intenciones, pues ya saben ustedes que cada año..... pero temerosas de que por cualquier incidente se frustrara la visita, les dije á las muchachas: esta tarde vamos á casa de Lola, anticipándonos á dar los días al señor don Manuel: en todo caso seremos las primeras.

D. Manuel que era también persona muy galante, y con la idea fresca de que los ne-

gocios de la casa de Luce-sita iban bien, creyó de su deber decir:

—Acepto la visita, pero no recibo la felicitación sino como un compromiso formal de venir el día de Córpus; ya sabe usted que ése es mi día y que tengo mucho placer en ver reunidas á las personas de mi mayor estimación.

—Gracias señor don Manuel, estimo mucho la fineza y.....

—¿Y vienen ustedes, no es verdad? agregó Lola, las esperamos á todas.

—¿Y bailamos? dijo Emilia.

—Por supuesto, dijo Lola.

—Como ahora un año, exclamó Concha suspirando.

Don Manuel era hombre que no permitía que una persona le hiciera una visita, sin tomar alguna cosa en la casa; de manera que aprovechando Lola un momento oportuno, pidió permiso para apartarse un segundo de la sala, segundo que aprovechó en dar sus órdenes, á fin de obsequiar á las visitas.



—Y Narda, estará muy adelantada en el piano, dijo Zubieta á Lucesita.

—Es muy floja y no quiere estudiar, contestó Lucesita, picando el amor propio de Narda.

—Vamos á ver, dijo don Manuel, alguna piececita; bien es que no sé cómo estará el piano, por que hace mucho tiempo que no se toca.

Y don Manuel levantó el guardapolvo del piano y lo abrió.

—Vamos niña, le dijo Lucesita á Narda.

—Voy á ver si me acuerdo.

—No toca nada de memoria, dijo Lucesita, todo por papel.

—Ahí hay papeles.

Fué entonces Zubieta quien se levantó de su asiento y fué á enseñar á Narda los papeles, que ésta comenzó á hojear y después de muchos circunloquios y melindres, se decidió á tocar de memoria una danza habanera.

Cuando acabó, le dijo su mamá:

—Mira con lo que vas saliendo: á ver si te acuerdas de algo en forma.

—Pues veré si me acuerdo del *pensamiento de Ravina*.

—Me parece perfectamente, dijo Zubieta, es de todo mi gusto.

El pensamiento de Ravina lo tocaba Lola.

Don Manuel pensó que por esto era del gusto de Zubieta.

En este momento entró Lola á la sala. Don Manuel procuró observar si mientras sonaba el piano Lola y Zubieta se dirijían la vista; pero Lola y Zubieta estaban prevenidos, cada uno por su parte tenía la firme resolución de no dar á don Manuel el menor motivo de celos; su disimulo era perfecto, nada se podía tachar en aquella naturalidad.

Llegó la hora de obsequiar á las visitas, y éstas fueron invitadas á pasar al comedor que estaba ya iluminado, y ostentando su mesa profusión de dulces y postres.

Zubieta encontró un motivo para retirarse pretextando una cita.



Don Manuel lo detuvo suplicándole que los acompañase á la mesa; pero Zubieta insistió, diciendo que de buena gana se quedaría por tener el placer de estar en tan grata compañía, pero que lo llamaba una ocupación imprescindible. Zubieta comenzó á despedirse.

—Lucesita, estoy á los piés de usted.

—Adios, Zubieta, ¿hasta cuándo tendremos el gusto de verlo á usted por casa? mi marido me ha preguntado por usted.

—Lucesita, muy pronto tendré el placer de hacerles á ustedes una visita.

—No lo creas, mamá, el señor Zubieta es muy informal.

—Oíga usted, oíga usted Zubieta, dijo Lucesita mostrando una jovialidad, que á un observador le hubiera parecido inusitada; oíga usted, esa es una acusación en forma, defiéndase usted Zubieta por el amor de Dios, vea usted que eso es muy grave.

—Voy á probar muy pronto á Narda, que en este momento se ha equivocado al juzgarme.

—¿De veras? dijo Narda.

—Muy pronto va usted á verlo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Ahora sí, exclamó Lucesita, eso se llama dar un golpe maestro.

—¿Qué dice usted, Narda?

—Que como sea cierto.....

—¿Lo duda usted?

—La verdad, sí.

—¡Niña! le dijo Lucesita en tono de cariñosa reconvención, Zubieta es hombre formal.

—Ya se vé que sí, y por lo mismo lo esperamos.

—Y yo, Narda, no me haré esperar, con una condición.

—¿Cuál?

—¿Me toca usted Traviata?

—Con mucho gusto, aunque muy mal.

—Mal no será nunca: hasta mañana Narda.

—Hasta mañana, Zubieta.

—Adios, Emilia, que usted se mejore.

—Adios, Zubieta, ¿de veras va usted?



—Decididamente.

—Adios Concha, allá voy á ver esos tejidos ¿qué está usted haciendo ahora?

—Estoy bordando una relojera para mi papá.

—Bueno, bueno.

Don Manuel había permanecido de pié cerca de la puerta, y esperaba el momento de la despedida de Lola y de Zubieta: se había colocado de modo de no ser percibido, así es que don Manuel estaba seguro de que iba á sorprender algún detalle, algún movimiento que le indicara la disposición de ánimo de su mujer, á quien él creía menos apropósito para disimular.

Pero Lola, á quien nosotros creemos muy apropósito para darle cartilla á don Manuel, y á otros mas vivos, calculó el momento en que Zubieta iba á despedirse de ella, y á despecho de parecer desatenta emprendió con Lucesita la conversación.

—Lucesita ¿usted no toma de este dulce? tome usted, es una cosa exquisita; á Narda le falta una cucharita, ande usted Emilia,

empiece usted, ¿ó prefiere usted de este otro dulce?

—Éste está muy bueno, dijo Emilia.

Se acercó Zubieta.

—Es necesario, continuó Lola, una enmienda radical, Lucesita, porque....

—Adios Lola, dijo Zubieta dándole á Lola la mano.

—Adios, Zubieta, porque de lo contrario Lucesita, me voy á enojar mucho, yo, que las quiero tanto y que las estimo.... pues no crea usted, más de diez veces se me ha frustrado el ir por allá, pero qué quiere usted.....

Lola siguió hablando con Lucesita sin cesar, dándole á sus gestos y á sus movimientos, esa soltura y esa naturalidad de la persona que se consagra completamente á los detalles del momento y á la puerilidad de ciertas situaciones en las cuales la mujer hace uso de todo lo que tiene de niña en el alma.

He aquí una de las joyas sociales de la mujer.



Si Lola se hubiera dejado llevar de lo que sentía íntimamente, hubiera puesto mala cara, hubiera estado seria y grave, porque lo que pasaba en su matrimonio era motivo sobrado para preocuparla; y por otra parte si hubiera oído sólo á su corazón para demostrar á las visitas su cariño, también hubiera estado retraída supuesto que, bien visto, Lola no quería á las visitas.

No queremos sentar como principio que Lola era falsa, pero en su arsenal de recursos, la mujer puede echar mano de esto que pone en práctica con sensible frecuencia: la mujer tiene algo de la niña.

O de otro modo.

La niña nunca acaba de salir de la mujer.

En el corazón femenino, queda siempre algo de la primera edad: la mujer se acuerda siempre de los elogios que recogió por sus primeras ingenuidades, y después sigue usándolas porque sabe, cuando niña, que son gracias; cuando joven, que son reminiscencias que abonan su pureza actual, y cuando mu-

jer, que son recursos de utilidad notoria.

Júzguese por Lola.

Lola, según llegó á decir Lucesita aquella noche, estuvo *monísima*.

Solícita, decidora, locuaz, amable, alegre, rubicunda, dulce.

Hasta bonita estuvo Lola.

Don Manuel abrió la boca más de una vez.

Don Manuel volvió á atrapar en la fisonomía de Lola, esas líneas fugitivas que acaba por borrar la costumbre.

En la escala descendente del matrimonio vulgar, la mujer es nube, estrella, cielo, luz, ante un *oso*.

Es diosa, es promesa, es perspectiva ante un novio.

Es embriaguez y éxtasis ante el esposo.

Es muy bonita para el marido.

Después menos bonita.

Los contornos empiezan á gastarse como los cantos de las ediciones de lujo.

Y la costumbre con su gota de agua gas-



ta el modelado de nuestra escultura clásica, que guardamos con veneración arqueológica hasta llamarla *mi mujer*.

Notamos esto, porque don Manuel antes de encelarse se decía así: mi mujer.

Pero cuando, como en los momentos que describimos, volvía don Manuel á hojear su edición de lujo, sentía de nuevo la reminiscencia del novio, y entonces decía así: *Lola*.

Mientras las pollas comían dulces, mientras Lucesita ponía en juego todas sus baterías de mujer de buen trato, mientras Lola charlaba como una encantadera cotorrita, don Manuel, el pobre don Manuel, según hemos dicho ya, abrió la boca varias veces.

Esto no lo vió nadie más que nosotros; pero estamos seguros que esa secreción de la boca abierta, de la boca que se enfría en ciertas pausas tanto en el bobo como en el sabio, esa secreción decimos, habló elocuentemente por medio de una gota que en forma de lágrima se desprendió de los labios de don Manuel.

El desprendimiento (tan exquisito así es nuestro sistema nervioso) hizo estremecer á don Manuel.

Hubo más, lo hizo volver en sí.

Más todavía: lo indujo á reflexionar.

Lola había estado hablando, contaba..... contaba todas esas cosas, que son la brisa de las conversaciones femeniles, había allí imágenes, fruslerías, minuciosidades, risas, aspavientos, mímica, gestitos, actitudes, dengues, pucheros, parte imitativa, parte cómica, parte sentimiento, parte gracia y donosura, había en fin la mujer, la mujer en una de sus fases kaleydoscópicas, la mujer tormento del filósofo, la mujer cromotropo.

Ante esa faz, no sólo don Manuel, sino todos, todos los hombres abrimos la boca, somos víctimas resignadas de esa fascinación, y nos cruzamos de brazos.

¿Qué cosa mas justa en efecto que tomar una actitud de vencido ante esa irradiación de gracias sin sustitución y sin equivalente y cuando esos misteriosos tesoros son propiedad tan exclusiva de la mujer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1. Julio 1897. MEXICO, D.F.



Don Manuel se sentía otro cada vez que se tocaba al espiritualismo del matrimonio, como si se tocara á una máquina eléctrica, sólo que don Manuel era pura y simplemente comerciante, era hombre, según había aprendido de su papá, de *pan pan, vino vino*.

Era pues, muy disculpable don Manuel.

No decimos con esto que don Manuel fuera tonto, al contrario.

Pero don Manuel era así, liso y llano, según él mismo decía.

Y esa lisura y esa llaneza eran el origen de su desgracia, mal que le pesara y sin poderlo remediar, por que podía decirse que aquella causa estaba en la masa de su sangre.

De manera que todo aquel mundo espiritual que se estaba levantando en su interior, lo interpretó don Manuel de esta manera:

—Vaya, pues me estoy enamorando de nuevo de mi mujer.

—Y agregó para sí, después que se hubo cerciorado de que la *gota aquella* no había caído en el plato que tenía delante.

—¡Qué vejeces!.....

